

# Tesoros, los minicuentos de Chase



Myriam Bustos Arratia

Hace algunos artículos atrás, prometimos escribir sobre MIRAR CON INOCENCIA (Edit. Costa Rica, San José, 1977), el volumen de cuentos de Alfonso Chase. Decíamos, entonces, que el artículo aquel se había iniciado con ese propósito y luego se había lanzado por su cuenta, para terminar en el tema de los títulos de los libros de narraciones. Prometíamos, en consecuencia, enmendar la plana escribiendo realmente sobre los cuentos de Chase en esta oportunidad. Pero de nuevo fracasamos. Y no porque no hayamos escrito: sí, lo hicimos, pero el artículo, como siempre, se nos rebalsó y terminó en seis cuartillas. Y seis cuartillas ocupan casi completa la página nueve de este periódico, de modo que lo guardamos, en godotiana espera de que aparezca por ahí —antes de que Chase se nos transforme en un viejo setentón o se nos muera— un nuevo “Excélsior” o una nueva “Troquel” que estén dispuestos a cargar con seis páginas nuestras.

No nos queda, entonces, más remedio que cumplir, con simples menudencias, nuestra promesa, y escribir un poco sobre algo pequeño, pequeñísimo, para no cubrir demasiado espacio; los “minicuentos” que se hallan, también, en MIRAR CON INOCENCIA, todos ellos bajo el nombre común de “Eleva un Diario”; cada uno con su propio título y su propio tema, así como estaría constituido el Diario de Vida de alguien que no escribiera cada día sobre sí mismo, sobre lo que ha vivido o está viviendo aún en lunes, martes y sigue, sino sobre lo que en lunes o martes y sigue recordó o soñó de su propio pasado o de las gentes con quienes convivió por haberlas conocido de carne y hueso o por haberlas imaginado “de palabras y letras” a través de historias escuchadas o leídas.

Se trata de brevísimos relatos; a veces, de brevísimas sugerencias de anécdota. Pero, contra lo que ya hemos escrito nosotras mismas (en trabajo, también, que por demasiado extenso no han querido publicarnos), en el sentido de que un cuento no puede escribirse en cuatro o cinco líneas, porque tan pocas palabras no alcanzan para presentar toda una situación que se “desenlaza” allí mismo y se cierra definitivamente, éstos de Chase sí nos parecen cuentos. Minicuentos. Minúsculos cuentos. Perlas de cuentos y de las más pequeñitas y delicadas, pero **cuentos, al fin.**

Lo frecuente es que, al leer un cuento (en que el autor dice todo lo necesario y nada más que lo necesario), cada palabra, cada frase, cada oración, cada párrafo de los que van llenando las cinco o más páginas en las cuales se desarrolla el relato, vayan gradualmente introduciéndonos en la anécdota, y que nuestra imaginación de lectores trabaje al ritmo de la lectura y no ponga, por lo general, nada más que aquello que quiso que imagináramos y comprendiéramos el cuentista.

En estos “cuentos”, sin embargo, el autor se las ingenia para elaborar una síntesis apretadísima (que, sin duda alguna, lo delata como poeta) de la situación, pero construida de tal modo, que terminamos la lectura y en forma instantánea surge en nuestra mente todo lo que Chase no dijo, y surgió sin posibilidad alguna de equívoco. Toda una serie de

hechos, entonces, no están descritos ni narrados con palabras; pero los vemos desfilar atropelladamente ante la pantalla de nuestra imaginación. Y quedamos helados. Helados, sí, porque, en la mayor parte de los casos, se trata de situaciones tremendas, escalofrantes, macabras, de esas que lo ponen “grifo” a uno. †

Como ésta, que su autor titula —tan brevemente como breve es el texto— “Domingo”:

“Un domingo descubrimos una muñeca vieja en el desván. Mi madre nos miró horrorizada y entonces todos recordaron casi al unísono, que hacía cuarenta años se había extraviado la tía Raquel”.

O como esta otra, titulada “Los Pájaros”:

“De niños entrenábamos a los pájaros para que se mataran entre sí a picotazos, hasta que.... No. No puedo seguirles contando la historia de mi hermanita ciega.”

O como esta tercera, llamada “Comida”:

“El carcelero ordenó que fuéramos encerrados en celdas contiguas, procurando que dieran al patlo.”

Después de una larga noche de torturas vimos, al amanecer, nuestras lenguas colgando. Por la noche, sólo después de mucho pensar, comprendimos las exclamaciones de felicidad de los guardianes a la hora de la cena”.

O como esta cuarta, cuyo título es “Los Parques”:

“Primero lo hizo un anciano. Luego fueron leglones de vlejecitos que venían a morir todas las tardes a los parques. Allí las golondrinas los picoteaban y entre grillos agónicos se extinguían dulcemente.

Por la noche pasaba la Sanidad Municipal, los recogía y los iba a depositar en las afueras, junto a botellas vacías, preservativos usados y muñecas viejas.

Todo esto por no parecer impetinentes, o inútiles, ante sus hijos regañones”.

Que nos ahorquen si estos no son cuentos. Y que intenten demostrar que el autor no está —para llegar a esta síntesis tan llena de sugerencias que obligan al lector a participar sicosomáticamente— dotado de un enorme talento, ante el que nosotras nos inclinamos con admiración, respeto y hasta envidia, puesto que somos humanas y literatofílicas maníacas.